

LA VOCACIÓN Y MISIÓN DE LOS LAICOS ORIENTAS EN LA IGLESIA Y EL MUNDO

Dimensión social de la misión “*El lugar privilegiado de los pobres en el Pueblo de Dios*”

A la luz de Evangelii Gaudium 186/258

(Madre María Mabel Spagnuolo – EFO - Buenos Aires, 27 de setiembre 2014)

A. LA CARTA APOSTÓLICA EG

Para poder ubicarnos con mayor sintonía al pensamiento de Papa Francisco, quiero, como premisa a esta exposición, que demos una mirada rápida y global a la Carta apostólica *Evangelii Gaudium*.

La Carta apostólica tiene una estructura de 5 Capítulos, precedidos por una introducción muy importante en la cual el Papa presenta ya el marco referencial de los 5 capítulos que siguen.

El Capítulo I: La transformación misionera de la Iglesia (EL SUJETO COMUNITARIO)

El Papa propone una Iglesia abierta, en “salida”. Para esto es necesaria la “conversión de la Pastoral”, conversión que se dará sólo “a partir del Evangelio” (un volver a Jesús, a su Evangelio). Una misión que Jesús confía a instrumentos limitados y frágiles. Por último define a la Iglesia como una “madre con el corazón abierto”.

El Capítulo II: En la crisis del compromiso comunitario (LA ACTITUD DEL ANUNCIADOR)

Siguiendo el tema de la transformación misionera de la Iglesia, en este II Capítulo el Papa nos hace tomar conciencia del momento actual y de la crisis de compromiso, pero con una visión siempre de esperanza. Exige una lucidez y atención a los “desafíos del mundo actual” y a la toma de posición del cristiano ante las estructuras de pecado. Pone en alerta, en un segundo momento, sobre las “tentaciones de los operadores pastorales” con una interesante lista de “sí” y de “no”.

El Capítulo III: El anuncio del Evangelio (LA DINÁMICA DEL ANUNCIO)

En este Capítulo, de características más prácticas, el Papa nos ofrece la visión de un “pueblo” llamado a anunciar, la dinámica del anuncio, la importancia de la homilía y de la preparación, y no conformarse con una catequesis o anuncio superficial sino, propiciar “procesos” de crecimiento y de profundización, basados en la Palabra de Dios.

El Capítulo IV: La dimensión social de la evangelización (EL ALCANCE DEL ANUNCIO)

Este Capítulo saca a la Iglesia al “campo de batalla”, o sea al destinatario de la acción misionera: el mundo, y en él, de modo preferencial los pobres, las periferias existenciales, las víctimas de la exclusión y del abuso. El horizonte de la misión es el bien común, la paz, el diálogo ecuménico e interreligioso.

El Capítulo V: Evangelizadores con espíritu. (LA MOTIVACIÓN MISIONERA)

Finalmente el Papa termina recordando que el misionero necesita una renovación constante alimentada por la relación personal con Cristo Resucitado, por la oración y la fuerza del Espíritu Santo y nos vuelve a indicar como Madre y Modelo a María, la Estrella de la Evangelización.

¿Por qué este repaso global de la Carta apostólica? Justamente porque creo que sea fundamental situar el tema que me fue pedido para este día: la dimensión social de la evangelización (que encontramos en el Capítulo IV), en el contexto en el que el Papa lo ha puesto y para poder profundizarlo de una manera más objetiva y sin interpretaciones subjetivas o personales.

No se trata de la “*dimensión social*” en el sentido “ideológico”, “sociológico” o “político”.

Hoy en día hablar de lo “social” puede hacernos caer en la trampa del “asistencialismo”, una tendencia que marcó, lamentablemente en algunos aspectos negativamente, la acción de la Iglesia y de muchas instituciones religiosas al interno de ella, como las congregaciones religiosas. Digo “negativamente” porque la misión de la Iglesia es fundamentalmente y ante todo: evangelizar, anunciar el Evangelio del Reino y la Salvación que nos trajo Jesús. Esto, casi siempre, concretizado en “obras de caridad”, porque no se puede separar la evangelización de la promoción humana, la evangelización de la “caridad”, la evangelización de la “humanización” y del progreso cultural y social de las personas. La caridad de la Iglesia no es “política”, como Don Orione nos diría: “nuestra política es el Padre nuestro...”.

B. LA IMPORTANCIA DE LOS CONTEXTOS HISTÓRICOS

Si miramos la historia, fue justamente la Iglesia y, particularmente, las congregaciones y órdenes religiosas, la pionera en la promoción humana, en la promoción de la cultura, de la educación, de la atención sanitaria, especialmente de los pobres. Todas áreas a las cuales, en el pasado, podían acceder sólo algunas personas, algunas élites de la sociedad.

De a poco las congregaciones fueron desarrollando y haciendo crecer sus obras y se fue concentrando la atención en la calidad y optimización de los servicios (educativos, sociosanitarios, promocionales). La “revolución industrial” iniciada con el siglo XX, provocó contemporáneamente la “revolución de los carismas de la caridad”; es la época en que nacen y se desarrollan, rápida y eficazmente, las Congregaciones religiosas de vida activa, dedicadas a las obras de misericordia, especialmente dirigidas a los más pobres, como las nuestras (fdp - psmc), también como respuesta a las nuevas “pobrezas” generadas por el mismo desarrollo industrial.

Esto llevó a dedicar gran parte de las fuerzas personales, culturales y económicas, a la eficacia de la acción caritativa y social, distrayéndonos, en muchos casos, del principal objetivo: **la evangelización**. Una prueba de esto la tenemos si pensamos en las motivaciones por las cuales tantos padres mandan a sus hijos a colegios religiosos: ¿son siempre motivaciones religiosas? O ¿por qué se prefiere un hospital o un geriátrico o un cottolengo atendido por religiosos?

Claro que es también importante la “buena fama”, la calidad y la seriedad, pero no basta, no puede bastarnos.

La “atención” no produce automáticamente “promoción”, la “excelencia” no produce automáticamente “evangelización”, y por ende, no se transformarán automáticamente la mentalidad, la cultura, el estilo de vida de las personas, la justicia y la solidaridad.

De un servicio fundamentalmente “asistencialista”, se aprovecharon, en muchas épocas de la historia, las instituciones públicas y los gobiernos. Se fue así “descargando” sobre la Iglesia lo que en realidad era y es un “deber” del Estado. Nunca escuchamos decir: “¿qué hace la Iglesia por los pobres?”, “la Iglesia debe dar ayuda, debe hacer la caridad”! (entendiendo “caridad” con dar limosna, con dar ayuda, con dar comida... no con “despertar” conciencias!). Y esto es también verdad, pero no basta, no puede bastarnos.

Pero el panorama mundial fue cambiando a un ritmo vertiginoso, como lo dice el Concilio Vaticano II. A partir de la mitad del siglo XX los servicios ofrecidos por las instituciones de la Iglesia, no fueron más su exclusividad, es más, con el desarrollo de la tecnología y de las ciencias, lo que en un momento era de vanguardia dejó de serlo, la reducción del personal religioso por la falta de vocaciones, la necesidad de adecuarse y actualizarse, la necesidad de recursos económicos (disminución de las subvenciones estatales y de las donaciones de bienhechores), hizo entrar en una “carrera” para mejorar la oferta, para poder competir con otras entidades (públicas o privadas) y, en esa carrera, se fue debilitando el objetivo principal del anuncio y de la misión. Así hemos llegado a ver, en muchos religiosos y religiosas, más “administradores”, “managers”, “directores”... que

hombres y mujeres comprometidos en primer lugar con el Evangelio (triste realidad que aún hoy subsiste).

Esto fue aún más reforzado por las exigencias que los mismos gobiernos fueron imponiendo a las instituciones: normativas sobre la habitabilidad, habilitación, seguridad, etc. etc. Las dificultades financieras obligaron a establecer convenciones y subvenciones con Entes estatales y muchas veces nos hemos convertido “casi” en esclavos de esta nueva forma de “obediencia” bajo la cual, no pocas veces, se corrió (y se corre) el peligro de “diluir” la identidad carismática y evangélica de nuestros servicios de caridad. Pienso que este era el temor de Don Orione cuando resistía a hacer “contratos” con el Estado para mantener la libertad y autonomía de acción.

No se trata de tener una visión negativa o pesimista, sino realista, desafiante y esperanzadora, si observamos nuestro tiempo histórico con ojos contemplativos y proféticos. La misma situación histórica es la que, en la profética intuición del Vaticano II, puso a la Iglesia (y consecuentemente a los carismas de las Congregaciones religiosas) en una actitud de “rever”, de “revisar”, de “reposicionar”, en fin de “recuperar” la propia identidad y el sentido misionero y evangelizador de su presencia y de su acción en medio de las realidades del mundo y de la sociedad.

Lo que aparentemente se presentó como una “descalificación”, es en realidad, por obra del Espíritu, “una nueva oportunidad”, un nuevo impulso para volver a lo esencial, o sea, la vocación evangelizadora y misionera de la Iglesia: una Iglesia, por naturaleza, misionera; una Iglesia comunión; una **Iglesia pobre, de los pobres y para los pobres**.

Hoy estamos de frente a un nuevo paradigma: sea **eclesial** (el del Vaticano II), como **antropológico** (una nueva “humanidad”, con nuevas pobreza y periferias existenciales, con palabras de Papa Francisco, y también ante un nuevo paradigma en la **dinámica de animación y conducción** (el protagonismo de los laicos, y para nosotros la providencial presencia de laicos y laicas vocacionados orioninos).

En estos contextos es donde nuestro tema de hoy se sitúa.

C. LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EVANGELIZACIÓN.

Podríamos completar este título así: “*La dimensión social de la evangelización y la evangelización de la sociedad*”.

Estos dos “movimientos” se incluyen y se retroalimentan. Separar estas dos dimensiones significaría retroceder en el tiempo y quedar “fuera” del sistema que Jesús vino a anunciar; significaría “neutralizar” el anuncio evangélico, reducirlo a “espiritualismo” y a una “caridad tranquilizante”, a una religión del “foro interno”, o de la “*limosna expiatoria*”, completamente ajena al mensaje de Jesús y de Papa Francisco hoy. No se puede separar la “Iglesia” del “mundo”. Cuando en la historia se favoreció esta dicotomía, los resultados fueron nefastos, porque a la base se “contradijo” el misterio de la Encarnación.

Don Orione tenía muy clara esta visión. En ningún momento su obra se separó del anuncio y de la finalidad evangelizadora. Toda la enorme acción caritativa y social que Don Orione realizó en su vida y a través de sus Congregaciones, estuvo siempre encuadrada en el “*Instaurare omnia in Christo*”: que cada acción caritativa sea un medio a través del cual la persona humana vea, sienta, experimente el amor de Dios y su misericordia; la mayor obra de promoción y de caridad, de ayuda o de asistencia que se ofrece a un ser humano es, para Don Orione, hacer conocer a Cristo, conducir a Cristo y a su Iglesia: “*salvar siempre, salvar a todos, salvar a costa de cualquier sacrificio, con pasión redentora y con holocausto redentor*”¹.

¹ El Espíritu de Don Orione, Vol. 1, Nuestra espiritualidad: 1. Un programa de vida. La breve citación pertenece a la bellísima y conocida página escrita por Don Orione en la primavera de 1939; la misma quedó en su escritorio por

Pero al mismo tiempo, para Don Orione era clarísimo que las obras de caridad y de misericordia no estaban destinadas a “cerrarse” en sí mismas, sino a trasformar la sociedad, a modificar los códigos culturales, a crear una nueva cultura y modificar el curso de la historia.

“*Instaurare omnia in Christo*” es, en otras palabras, construir la nueva civilización del amor, cuyo fundamento es Cristo y los valores evangélicos de la igualdad, la dignidad, la justicia, la solidaridad, el progreso, la paz, la fraternidad universal.

Nunca veremos en Don Orione una dicotomía entre la “*dimensión social*” y la “*dimensión evangelizadora*”.

Se trata, por lo tanto, del irrenunciable rol profético que la Iglesia y sus instituciones estamos llamados a vivir y encarnar.

Nuestro tiempo, nuestra sociedad actual, no son ni más ni menos difíciles y desafiantes que los que vivió Don Orione, son simplemente “*distintos*” y “*complejos*”. Y, diría, que para Don Orione, cuanto más difícil y complejo, más desafiante y provocante para su acción evangelizadora y caritativa. Para Don Orione los “*tiempos nuevos*” eran una “*tierra de misión*” a conquistar: “*¿Son tiempos nuevos? ¡Fuera los miedos! Y no dudemos: vayamos a conquistarlos con ardiente e intenso espíritu de apostolado, de sana, inteligente modernidad*”².

Hoy nos encontramos ante una dramática paradoja: el enorme y desenfrenado desarrollo de las sociedades en este pasar del desarrollo industrial, al tecnológico e informático, **por una parte** eleva a la humanidad a formas de vida, digamos, cada vez más superadas y sofisticadas en todas las áreas de la vida de las sociedades, pero, **por otro lado** se fue dando una mayor injusticia, discriminación, exclusión de enteras masas de seres humanos que no tienen y que no tendrán nunca acceso a la mayor parte de ese desarrollo. En otras palabras, en la era del máximo desarrollo de la humanidad se genera la mayor injusticia, porque las políticas mundiales y globales que rigen estos cambios, son injustas. El “*bien*” de la humanidad, no lo es en realidad para “*todos*” los seres humanos y la brecha entre ricos y pobres se va agrandando generando nuevas y dramáticas “*periferias*” sociales, económicas, sanitarias, espirituales, culturales, psicológicas, políticas...

Es justamente aquí, en el corazón de estas realidades, donde la misión orionina encuentra su “mejor” lugar y momento. El Espíritu Santo impulsó en el corazón de la “revolución industrial”, la “revolución de los carismas”. Hoy, en la época de la “revolución tecnológica e informática”, impulsa la “refundación profética de los carisma”; en la época del “giro antropológico” impulsa el “giro de estilo de vida” de los cristianos y de la propuesta misionera. Compromiso irrenunciable, si queremos “ir y caminar a la cabeza de los tiempos y de los pueblos y no a la cola y no hacernos empujar”³.

Solamente con una Iglesia misionera y profética se puede dar luz y modificar las realidades de injusticia y opresión; solamente con una Congregación misionera y profética se podrá ofrecer un “*paradigma*” nuevo de caridad y de justicia cristiana; solamente personas proféticas (religiosos y laicos), que encarnen y asuman en su vida personal: pública y privada, individual y comunitaria, un modo de “ser” cristianos (y orioninos) auténticos, esenciales y coherentes, se alcanzará la finalidad de toda acción evangelizadora, la finalidad del carisma: *Instaurare omnia in Christo*.

La dimensión social de la misión nunca fue un “*opcional*” en la vida de la Iglesia, sino parte esencial. Es esta la “*luz*” y la “*sal*” que Jesús menciona en el Evangelio; este es el significado que ayer, hoy y siempre, tiene y tendrá el testigo y el apóstol de Jesús. Este es el ser “faro” de caridad y de justicia al cual estamos llamados como orioninos y orioninas en “*esta*” realidad, privilegiando siempre a quienes son los menos privilegiados, pero llegando e involucrando a todos con “*esa*

mucho tiempo como un apunte, y fue finalmente publicada en el fascículo “*Servir en los hombres al Hijo del Hombre*”, Tortona, 13 de abril 1972.

² Escritos 62,92.

³ Escritos 82,72; La educación en nuestros Institutos, carta a Don Pensa, Tortona, 5 de agosto 1920.

*divina caridad de Jesucristo que no cierra puertas y que no conoce fronteras: la única que edifica y unifica en el Señor, la única que salvará a la sociedad*⁴. Una acción misionera orionina excluyente o sectarista, traicionaría su propia razón de ser; una acción misionera orionina tranquila, sedentaria o cerrada en un pequeño grupo “*consolador*”, no podría en justicia llamarse ni orionina, ni cristiana. Creo poder decir sin exagerar que, allí donde se encuentre un orionino, una orionina, laico o consagrado, por su “*sola*” presencia se deberá respirar caridad, fe, justicia, solidaridad, alegría, sinceridad... ¡y “ese” lugar ya comenzaría a ser transformado!

D. SINTONÍA Y DESAFÍO AL CARISMA DE DON ORIONE

Dicho esto, quiero ahora retomar algunos puntos de la EG que son de particular “*color orionino*”. Los temas son muy amplios y variados, concentraré mi reflexión sólo en tres: **1.** Escuchar el grito de los pobres; **2.** La solidaridad cristiana y **3.** Una Iglesia pobre para los pobres.

1. Escuchar el grito de los pobres... (n. 187)

“*Escuchar el grito*”: Dios, que creó a los hombres para la felicidad, en sus infinitas entrañas de misericordia, no puede cerrar sus oídos ante el clamor, ante el dolor, ante el grito del pobre, del que sufre. Dios es naturalmente “*comunicativo*”, en el donar su palabra, sus dones, su amor, su gracia, y es al mismo tiempo “*receptivo*” en el escuchar, acoger, esperar, abrazar. Por eso, como describe el Papa, la Biblia está llena de ejemplos de esta capacidad de Dios Padre de “*escuchar y responder*” al grito de sus hijos, de los pobres, de su pueblo.

En Dios la “*escucha*” es activa. Dice el n. 187: “*basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre bueno desea escuchar el grito de los pobres: “he observado la miseria de mi pueblo en Egipto y escuché su grito... Bajé para liberarlo...”*”.

“*Escuchar*” el grito es compasión. Sigue el Papa: “*se muestra solícito hacia sus necesidades: luego los Israelitas gritaron al Señor y él hizo surgir para ellos un salvador*”.

El Salmo 34 (33) dice:

“5 *Consulté al Señor y me respondió: me libró de todos mis temores.*

7 *Si grita el pobre, el Señor lo escucha, y lo salva de todas sus angustias*”.

La “*escucha*” es atención, interés, consideración, valorización, es respuesta de compasión, es buscar una solución para el otro. Escuchar es, entonces, amar.

Vivimos en una sociedad llena de “*ruido*”, aturdidos por fuera y por dentro, muchas veces aislados y ensimismados: la cultura de los auriculares. Esto hace muy difícil “*escuchar*” el grito del pobre, un grito silencioso y angustiado. El peligro es la “*sordera*” intelectual, la “*sordera*” afectiva, la indiferencia o la costumbre. La “*escucha*” de Dios del grito de sus hijos, lo llevó al máximo de la compasión: hacerse uno de nosotros en Jesús, pobre con el pobre, frágil con la fragilidad, identificándose con el dolor y con la muerte humana, para liberarnos, elevarnos, rescatarnos, reconducirnos a la dignidad original.

Es esta la experiencia fundamental que hizo Don Orione. Él mismo se identificó con el dolor humano, sin distinción y, habiendo madurado en su persona, a través de la íntima relación con Dios Padre, los mismos sentimientos de Cristo, se hizo él mismo “compasión”, oído atento del grito de los más desprotegidos y abandonados: “*Sintamos, oh hermanos, el grito angustiado de tantos hermanos nuestros, que sufren y anhelan a Cristo; vayamos a su encuentro como buenos Samaritanos, sirvamos a la verdad, a la Iglesia, a la Patria, en la caridad*”⁵.

⁴ Escritos 98,269.

⁵ Escritos 80,170; El himno de la caridad, Don Orione envía su voz grabada en un disco a sus Bienhechores y amigos de Italia, desde Argentina, año 1936.

Dirá en otro momento Don Orione: “¡Cristo! ¡He aquí “el divino extranjero” que avanza al grito angustiado de los pueblos que lo anhelan! Cristo! ¡He aquí que viene llevando sobre su corazón la Iglesia, y en su mano las lágrimas y la sangre de los pobres: la causa de los humildes, de los afligidos, de las viudas y de los huérfanos! Son los tesoros, “los pobres son el Reino de Dios”: ¡y Cristo es Dios!”⁶.

Es Cristo la “compasión” del Padre hecha “carne” y, del Corazón misericordioso y compasivo de Cristo, bebió, plasmó y modeló su corazón y fundó toda su Obra.

2. La solidaridad cristiana...

Dice el n. 187 de EG: “somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre”.

Es este el principal fundamento de la solidaridad cristiana: ser instrumentos del amor y de la misericordia de Dios. Somos hoy el “oído” de Dios y la “respuesta” de Dios; somos las “manos” de Dios extendidas hacia el pobre de hoy.

La solidaridad es la expresión de la experiencia verdadera y profunda del ser “hermanos”, del ser todos hijos e hijas de un único Padre, es la expresión de la conciencia de tener todos los mismos derechos, la misma dignidad.

La solidaridad es el rostro de la justicia, porque no se concretiza únicamente con la “limosna”, sino con el reconocimiento y el respeto de la común dignidad que tenemos todos los seres humanos.

La pobreza, la marginación, la discriminación son el más terrible “grito”, “gemido” que se eleva a Dios, desde un mundo que fue creado para todos, en el cual hay para todos, y es de todos, pero donde el pecado del egoísmo, de la ambición, de la avaricia, de la acumulación ha generado la mayor injusticia contra Dios y contra el hermano.

El Papa dice en el mismo n. 187: “permanecer sordos a ese grito, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos pone fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto... Y la falta de solidaridad hacia sus necesidades influye directamente sobre nuestra relación con Dios”.

Este es un tema decisivo para el cristiano, porque es, en otras palabras, la coherencia de la fe.

La carta del Apóstol Santiago es muy fuerte al respecto de la vivencia de una fe separada de la vida, es una denuncia a la “dicotomía” fe/obras y a la hipocresía, porque, en definitiva, está diciendo que no se puede vivir una relación con Dios auténtica si ésta no transforma nuestro corazón y nuestra vida en “solidaridad”. Dice Santiago: “¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: «Tengo fe», si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2,14-17).

Para Don Orione esto era condición de autenticidad y de fecundidad apostólica. Lo escuchamos a él: “Pero, oh hermanos, ¿no es verdad que, con frecuencia, nosotros todavía vivimos como pobres ciegos, y de una ceguera mucho peor que la del mendigo de Jericó? ¡Cuántas tinieblas intelectuales! ¡Cuántas tinieblas morales! ¡Cuántas tinieblas de crueldad! ¡Cuántas tinieblas religiosas! Dios mío, cuánta ceguera en nosotros y en “el siglo triunfante de las luces”. Y, sin embargo, todos sentimos la necesidad de salir, y de dar a la vida una alta luz de fe, y de vivir esta luz divina. Porque no basta tener fe, es necesario vivirla, la fe sin las obras está muerta”⁷.

⁶ Escritos 82,9b.

⁷ Scritti 82,2.

Leemos en una carta a Pablo Marengo: “Querido Marengo... vuelvo al tema de la fe. «*Iustus ex fide vivit*», es Pablo que escribe así, tu santo. Esfuérzate, hijo mío, por hacer tu fe tan práctica que influya sobre cada uno de tus pensamientos, sobre cada una de tus palabras, sobre cada una de tus acciones, a fin de que se pueda decir de ti lo que San Pablo dijo del hombre justo: «*iustus ex fide vivit*». ¡Vive de fe! De fe plena, de fe perfecta, de fe grande! De esa que trasporta las montañas, que es fuerte, que es fuerte con la misma fuerza de Dios! ¡Vida de fe! ¡Espíritu de fe! ¡Obras de fe!”⁸.

En Don Orione las obras de caridad social, nacen de la fe, y la fe se hace fuerte y auténtica por las obras de caridad y de promoción humana, especialmente hacia los más pobres.

La fe es solidaridad, la solidaridad cristiana es **comunión y participación**, que son dos actitudes fundamentales porque van a “atacar” la tendencia al individualismo y a la autorreferencialidad, temas sobre los que el Papa está insistiendo tanto. El individualismo que nos “separa” de la comunidad, del grupo y nos hace caer en el “protagonismo personal”; la autorreferencialidad que nos hace “encerrar” en el “protagonismo de grupo”. Dos “virus” que tenemos que combatir y de los cuales cuidarnos porque atentan contra la eclesialidad y el espíritu del Evangelio.

3. Una Iglesia “en salida”: pobre y para los pobres...

a. “Una Iglesia en salida”

No podríamos nunca entender a Don Orione, su fe y toda su Obra, fuera de la Iglesia y encerrada en “su” Congregación. El “fuera de sacristía” significa también “fuera de la institución-congregación”.

Sobre todo la misión del laico, del laico orionino, está “fuera” de la institución. La institución es un instrumento de la Divina Providencia para crecer en la fe y en la identidad carismática, pero es un “trampolín” desde el cual lanzarse al mundo, a las “periferias” de la existencia humana. Cuando el Papa dice que quiere una “Iglesia en salida”, lo dice a todos, también a nosotros orioninos.

Es en este contexto en el cual se coloca el lema orionino “*Instaurare omnia in Christo*”, el “omnia” (todo) son en primer lugar las “periferias”: **internas** (las de nuestro ambiente cotidiano en el cual tantas veces dejamos “afuera” a quienes no son de “nuestro” grupo, contradiciendo con los hechos lo que se anuncia con la boca), **externas** (las del ambiente socio-cultural, en el cual encontramos la pobreza “real” del pobre, del desocupado, del sin techo, del excluido del sistema político, sanitario, educativo, etc.).

Lo describe bellísimamente Don Orione en este fragmento de carta, donde habla de la “misión” del Cottolengo de Milán:

“El Pequeño Cottolengo será como la Aldea de la Caridad, a las puertas de Milán. Pero no tiene que ser una simple obra de asistencia a los niños, a los enfermos, a los ancianos, a los discapacitados, etc. sino que será el centro desde donde, como batallones veloces, partirán Sacerdotes y Hermanas, Misioneros y Misioneras del Pueblo, para socorrer y asistir, especialmente en **la periferia de Milán**, a los pobres, los sin techo, a todos los que tendrán necesidad de una ayuda material y de un conforto espiritual, para no perder la fe en Dios y en los hombres, resolviendo así el gran problema religioso y social de la periferia, lugar donde se reúnen

⁸ Scritti 31,217; Carta a Marengo, desde Tortona, el 30 de noviembre 1929. Paolo Camilo Marengo, nació el 3/01/1900 en Génova, hijo de una familia amiga y bienhechora de Don Orione; después de terminar el estudio de ingeniero entró en la Congregación (1929), después de un año entendió que no era su vocación pero quedó siempre unido como un hijo, a Don Orione.

todas las miserias, todos los desesperados, donde, en el silencio se forman los comunistas, las células, las más peligrosas unidades de los sin Dios, lo que significa en definitiva, también de los sin Patria.

Pero todos entienden que no se podrá hacer una obra eficaz de bien, no se penetra en el corazón de los sin techo, de los exasperados, o de quien tiene hambre, ni se les puede moralizar y hacerlos buenos cristianos y buenos ciudadanos, sólo con las palabras, por más buenas y santas que sean, sino que se necesita también un amor operativo, activo, solícito: es necesario tener en seguida un lugar de primeros auxilios para aquellos casos más urgentes y desdichados, este lugar es: el Pequeño Cottolengo Milanés”⁹.

b. “Una Iglesia pobre”

Para Papa Francisco, una “*Iglesia pobre*” significa una Iglesia que se inclina, que se pone al lado y se siente “*una*” con el dolor del otro, una Iglesia que comparte, que solidariza; una Iglesia que camina de la mano del necesitado, que no tiene ni temor ni asco de “*tocar*” la carne de Jesús en el hermano, de tocar sus llagas físicas, psicológicas, espirituales, morales... una Iglesia que no “*juzga*”, sino que “*cura*”... en una palabra, una Iglesia que es “madre”.

Lo describió el Papa en una forma espléndida durante la audiencia general del miércoles 10 de setiembre último que, leyéndolo desde nuestro corazón orionino, podremos sentir fuertemente la sintonía con el pensar y sentir de Don Orione. Dijo el Papa¹⁰:

“Un aspecto particular de la maternidad de la Iglesia es que ella nos educa a través de las obras de misericordia. Como buena madre y educadora, ella se fija en lo que es esencial; y lo esencial, según el Evangelio, es la misericordia”¹¹. ...¿Puede existir un cristiano que no sea misericordioso? No. El cristiano necesariamente debe ser misericordioso, porque éste es el centro del Evangelio”¹²... Pero la enseñanza de la Iglesia no es algo meramente teórico, no da lecciones, sino que se transmite con el ejemplo, y las palabras sirven para iluminar el significado de sus gestos”¹³. Ella nos ofrece el ejemplo de los santos, pero también el de tantos hombres y mujeres sencillos. La Iglesia nos enseña a dar de comer y beber al que tiene hambre y sed; vestir al que está desnudo. Nos enseña a estar cerca del enfermo, ya sea en un hospital, en un geriátrico o en la propia casa. Nos enseña a visitar al encarcelado, mirándolo en su humanidad. La misericordia supera todos los muros, todas las barreras. Sólo la misericordia puede cambiar el corazón y la vida, y te lleva a buscar siempre el rostro del hombre, de la persona. Solo la misericordia puede hacer que una persona vuelva a insertarse en modo nuevo en la sociedad.”

c. “Una Iglesia para los pobres”

El Papa describe esta “*opción preferencial*” por los pobres como una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica: “*Dios concede a ellos su primer misericordia. Esta*

⁹ Cfr. Don Orione, Escritos 75,124; carta al “*Caro Sigr. Rag. Sala*”, Génova, 31 de marzo 1938.

¹⁰ Papa Francisco, Extracto de la Audiencia general del miércoles 10 de setiembre 2014, Plaza San Pedro.

¹¹ Cfr. Don Orione: “*Una nueva era se abre: una era de fe, de justicia y de amor para la humanidad entre los brazos maternos de la Santa Iglesia de Cristo, una y verdadera! Dios mismo la guía, y la Iglesia avanza llevando en sus manos el pan milagroso que nutrirá a los pueblos, y derramando esplendores sobrehumanos y aromas de bendiciones! El Corazón de Jesús saciará de gracia, de misericordia, de libertad a los hombres y a las naciones que lo invoquen!*” (Escritos 82,42b).

¹² Cfr. Don Orione: “*...a partir de Cristo, la religión se transformó en inspiradora de caridad y con la caridad se unificó tanto, que el cristianismo sin caridad no sería otra cosa que una indigna hipocresía. El Evangelio enseña que no podemos tener paz con Dios si estamos en discordia con el prójimo, y San Juan escribió: no amas a Dios que no ves, si no amas a tu hermano que ves. La caridad es el precepto propio de Cristo. Él dijo: en esto se conocerá que son mis discípulos, si se aman unos a otros*” (Escritos 80,169, Mensaje a los bienhechores grabado desde Buenos Aires, 1936).

¹³ Cfr. Don Orione: “*La palabra suena, los ejemplos truenan. Las palabras mueven, los ejemplos arrastran!*” (Escritos 4, 268, carta desde Roma, 7 de febrero de 1923)

preferencia divina tiene sus consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, claramente llamados a tener los mismos sentimientos de Jesús. Inspirada en ella, la Iglesia ha hecho una opción por los pobres entendida como una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia... Por esto deseo una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho para enseñarnos... Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos...”¹⁴.

Pero esta atención al pobre **tiene su fundamento en el amor**. Cuando se ama se cuida, cuando se ama se protege, cuando se ama se ayuda, cuando se ama se promueve, cuando se ama hay gratuidad: “el Espíritu pone en movimiento no un exceso de activismo, sino ante todo una atención dirigida al otro considerándolo como una cosa sola con sí mismo. Esta atención de amor es el inicio de una verdadera preocupación por su persona y a partir de ella deseo buscar efectivamente su bien... El amor auténtico es siempre contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o vanidad, sino porque es bello, más allá de las apariencias”¹⁵.

Estas palabras del Papa evocan claramente el corazón de Don Orione: “un día Jesús, llamando a sus elegidos a su derecha, les dirá: venga, benditos de mi Padre: tenía hambre y me dieron de comer, tenía sed, y me dieron de beber, estaba desnudo y me vistieron, era huérfano y me recibieron. Maravillados de tal alabanza, preguntarán: «¡oh, Señor! ¿cuándo te hicimos todo esto?». Responderá Cristo: todo lo que hicieron a mis pobres y a mis pequeños por amor a mí, lo hicieron a mí. Nuestro Dios es un Dios apasionado de amor, Dios nos ama más que un padre ame a su hijo, Cristo Dios no dudó en sacrificarse por amor a la humanidad. En el más miserable de los hombres brilla la imagen de Dios. Quien da al pobre, da a Dios y tendrá de la mano de Dios la recompensa. ¡Oh! ¡Nos mande la Providencia los hombres de la caridad!”¹⁶.

E. UNA “IMAGEN” QUE SINTETIZA TODO

Quiero concluir esta reflexión ofreciéndoles una hermosa imagen que, sin duda, sintetiza la identidad de nuestra vocación cristiana y orionina en la Iglesia y en el mundo y, al mismo tiempo, la unidad y la sintonía con el mensaje de Papa Francisco.

¿De qué se trata? Seguramente varios de los aquí presentes estuvieron en Tortona, en el Santuario de la Virgen de la Guardia.

El ábside del Santuario está ornamentado con un bellissimo mosaico que representa, en síntesis, la misión, la identidad y el programa de la PODP. Contemplémoslo y analicémoslo juntos.

En su conjunto podemos observar: en el centro Jesús, a la izquierda tres Ángeles y a la derecha otros tres. Debajo de cada figura (en el borde inferior del ábside) hay una escritura en latín.



Ahora vamos a analizar y contemplar los detalles.

¹⁴ Papa Francisco, EG n. 198.

¹⁵ Ibidem, 199.

¹⁶ Escritos 80,170, Mensaje a los bienhechores grabado desde Buenos Aires, 1936.

En el centro del mosaico, encontramos a Jesucristo, que lleva sobre su corazón la Iglesia y en la mano las lágrimas de los pobres.

La escritura en latín que corresponde a esta imagen es: “**Credidimus charitate**” (hemos creído al amor).

Don Orione en la carta circular de la Pascua del 1936 escribía desde Buenos Aires:

“A los Religiosos y Religiosas de la Pequeña Obra, a los Amigos, a los bienhechores y bienhechoras, a los queridos ex-alumnos y ex-alumnas, a todos nuestros pobres: a los huérfanos, a los sanos y a los enfermos, a los jóvenes y a los viejos, que viven en las Casas de la Congregación bajo las alas de la Divina Providencia.

Queridísimos en el Señor, Pax vobis! La paz esté con Ustedes! (...) Elevemos la mirada de la fe, oh hermanos, he aquí a Cristo que viene, vivo con los vivos, a darnos vida con su vida, en la efusión copiosa de la redención.

Él avanza radiante, envuelto en el gran manto de la misericordia, y avanza amable y potente coronado con el signo de victoria.

*Avanza al grito angustiado de los pueblos: **Cristo viene llevando sobre su corazón la Iglesia, y en su mano las lágrimas y la sangre de los pobres: la causa de los afligidos, de los humildes, de los oprimidos, de las viudas, de los huérfanos, de los repudiados.***

Y detrás de Cristo se abren nuevos cielos: es como la autora del triunfo de Dios! Es gente nueva, nuevas conquistas, es todo un triunfo jamás visto de grande, de universal caridad, porque el último a vencer es Él, Cristo, y Cristo triunfa en la caridad y en la misericordia” (Escritos 117,101ss).





Los tres Ángeles de la izquierda llevan los símbolos:

a “**Palabra de Dios**” y la escritura en latín: “***Evangelizare pauperibus***” (Evangelizar/anunciar a los pobres la buena noticia: Lc 4,18).

El mundo” y la escritura: “***Ad omnia in Christo instauranda***” (Instaurarlo tutto in Cristo: Ef 1,10).

La tiara papal y las llaves” y la escritura: “***Ut fiat unum ovile et unus pastor***” (“y será un sólo grey y un sólo pastor”: Jn 10,16).

Los tres Ángeles de la derecha llevan los símbolos:

1. “**La luz**” (dar la luz a los ciegos)
2. “**El pan**” (dar el pan a los hambrientos)
3. “**La balanza**” (símbolo de la justicia)

El texto en latín, extendido bajo las tres figuras es:

“***Quamdiu fecistis uni de his fratribus meis minimis, mihi fecistis***” (“Todo lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicieron a mí”: Mt 25,40.45).



CONCLUSIÓN

Quiero que terminemos este encuentro de reflexión, escuchando y haciendo nuestras, una vez más, las palabras y los sentimientos de nuestro querido Fundador y confiando, como lo hubiera hecho él, nuestra vida y nuestro compromiso cristiano, apostólico, misionero y social, en las manos de María, nuestra Celestial Fundadora.

“Quisiera hacerme alimento espiritual para mis hermanos que tiene hambre y ser de verdad y de Dios; quisiera vestir de Dios a los desnudos, dar luz de Dios a los ciegos y a los deseosos de mayor luz, abrir los corazones a las innumerables miserias humanas y hacerme siervo de los siervos, distribuyendo mi vida a los más indigentes y abandonados; quisiera convertirme en el loco de Cristo y vivir y morir de la locura de la caridad por mis hermanos!” (31 agosto 1931; En el nombre de la Divina Providencia, 81).

Digamos juntos:

“Danos, María, un ánimo grande,
un corazón grande y generoso,
que llegue a todos los dolores y a todas las lágrimas.
Haz que seamos verdaderamente como nos quieres:
Padres y madres de los pobres.

Que toda nuestra vida esté consagrada
a dar Cristo al pueblo y el pueblo a la Iglesia de Cristo;
que arda y brille de Cristo y que se consuma en Cristo,
en una luminosa evangelización de los pobres.

Que nuestra vida y nuestra muerte
sean un cántico dulcísimo de caridad
y un holocausto al Señor”. Amén.